

La politicidad de los sectores populares desde la etnografía: ¿más acá del dualismo?

Pablo Semán, M. Cecilia Ferraudi Curto

Introducción

¿Como entender el papel de la práctica etnográfica y la formación antropológica en la formulación de los problemas en ciencias sociales?, ¿Cómo se vincula esta comprensión, específicamente, a la captación de las formas de inserción política de los sectores populares? (especialmente, a la incidencia de sus perspectivas en la concepción de lo político), Y, por último, cómo se vincula esta percepción a las continuidades/discontinuidades que pueden percibirse entre los años 90 y 2000?

Entrelazando estos interrogantes buscaremos: 1-capitalizar los efectos de la práctica antropológica en la construcción de los objetos y problemas de investigación y 2-colocar los interrogantes sobre la politicidad popular más acá de las preocupaciones normativas en un contexto en que estas tendían a subordinar la realidad a los deseos y temores los analistas e investigadores (un contexto, nada infrecuente, en el que las ansias de secularización quedaban transformadas en desazón y las expectativas de ciudadanía en percepciones ora ilusionadas en la autonomía de los movimientos sociales, ora decepcionadas por el “clientelismo”).

Cabría aclarar sucintamente el contexto en que se sitúan las cuestiones citadas y forman parte del horizonte en que se inscribe este trabajo. En primer lugar es preciso subrayar que, en los últimos tiempos, ha surgido un énfasis en el método etnográfico que además de incurrir en el riesgo de la sobrestimación (con sus consecuencias eventuales de frustración) es propuesto como método ilustrativo, para confirmar saberes construidos de forma lógicamente anterior a la etnografía, concebida como mera descripción. En segundo lugar, creemos necesario recordar un segundo contexto de este debate: las transiciones que genéricamente podemos llamar pos neo liberales, y especialmente la coyuntura Argentina del 2001, dieron lugar a un sinnúmero de posiciones que anunciaban el desarrollo de formas de agencia política que, por fin, se habrían liberado del lastre de lo que habitualmente se llama clientelismo para dar lugar a formas subjetivas y políticas autónomas¹. Las cuestiones que

1. Svampa y Pereira (2003) introdujeron pionera y cautamente esta posición reconociendo su carácter parcial en una pluralidad de posiciones posibles de lo sujetos populares, y amparándose en evidencias

intentamos desarrollar en este artículo apuntan a elaborar el valor del método etnográfico como una estrategia limitada, pero no exclusivamente descriptiva, y a mostrar su valor en el análisis de la experiencia política de los sectores populares de la sociedad argentina (en un momento en que esta experiencia fue forzosamente distribuida entre la sumisión “clientelar” y la contestación “autonomista”).

En segundo lugar nos interesa proponer un contexto de lectura para uno de los interrogantes que propusimos al inicio: cuando enfocamos las continuidades y discontinuidades entre “los 90” y “los 2000” partimos de dos supuestos complementarios. Primero que a pesar de la nitidez con que se oponen estas décadas en el discurso político y periodístico, desde nuestro punto de vista, esa distinción es algo a construir y no un punto de partida. Segundo: nuestra aspiración para articular dichas distinciones descrece, por la propia concepción de lo político que tenemos, de la posibilidad de separaciones tajantes y de la correspondencia biunívoca entre períodos

empíricas que ellos mismos reconocían suficientes para abrir una pregunta. Cuando esta fue retomada en investigaciones posteriores, salvo excepciones, la naturalización de esa posibilidad de autonomía fue considerada en sus posibilidades de ampliación y amenazas. También, pioneramente, Farinetti (2000) mostraba hasta donde se repite, y se renueva el fenómeno de la rebeldía conservadora, al analizar algunas de las tempranas revueltas que ilusionaron a los analistas unos años después

y formas de política. Si como decimos más adelante “La historia no es contexto, conjunto de fuerzas que modelan, sino, más radicalmente, plano de constitución de formas del agente, de nociones de persona singulares que dan lugar a politicidades singulares” la forma en que podremos comparar “los 2000” y “los 90” será la de contrastar formas de anudamiento del vínculo político que en el contexto de la discusión bibliográfica y de nuestras observaciones nos parecieron significativas.

La politicidad popular

Al entrar a la casa de dos pisos, donde esperaba encontrar una gran sala o un garage para varios autos, encontré un templo pentecostal. Por las escaleras que bajaban de los cuartos de arriba descendía Margarita, mientras miraba y controlaba con majestad la asistencia de las personas. Su discurso desde el pulpito me resultó inesperado para una iglesia pentecostal. La mujer, en el papel de pastora recomendaba, y casi amonestaba a priori a las mujeres de la iglesia como si supiera que sus consejos de valorizar algunos alimentos de la dieta de la familia solo serían aceptados a regañadientes:

“El cereal, la avena son tan importantes como la carne. No los comemos, por que estamos siempre con la misma, como que queremos carne, como si fuera lo único que se puede comer, pero son tan buenos como una milanesa. Llévenlos, no los desprecien. Las nutricionistas de la sala (la sala de atención médica del barrio)

dicen que esto tiene proteínas y todo lo que es necesario para la alimentación de los bebés y de los más viejos. El gobernador Duhalde y el programa son cosas buenas y a veces no sabemos aprovechar cuanta bendición existe en lo que nos ofrecen.”

Margarita “mezcla” las actividades y los campos: si ese día estaba en su iglesia distribuyendo alimentos otorgados en el marco de los planes sociales otorgados por el gobierno de la provincia de Buenos Aires durante el mandato de Eduardo Duhalde (1991-1999) –algo que tiene mucho que ver con algunas versiones del “hacer política”–, también “hacia religión” a partir de la política o, mejor dicho, a partir de los resultados y sedimentos históricos de la política en el universo simbólico de las clases populares. Así como su iglesia está construida sobre las ruinas de la Unidad Básica² que ella misma dirigió en los años 1970, propone una interpretación del cristianismo que no sólo surge de una doctrina evangélica sino, también, de decenas de actos cotidianos en que el peronismo sedimentado en la cultura es utilizado como el molde de la ética que promueve en su templo (Semán, 2006). Nos interesa avanzar en dos sentidos recíprocamente implicados: primero profundizar la presentación de Margarita como una forma de conocer la singularidad de la experiencia de los sectores populares en el Gran Buenos Aires y segundo, reco-

2. Son los locales de acción partidaria territorial del Partido Justicialista (Peronista).

giendo (y tal vez amplificando) el efecto de las discusiones que cuestionan la fertilidad del concepto de clientelismo, quisiéramos poner de manifiesto algunos elementos de la teoría política de Margarita en tanto se distancia respecto de las teorías políticas dominantes, y de su correlato: las concepciones que describirían a Margarita a partir de la simple carencia (su falta de ciudadanía) y, también, de aquellas que la mostrarían como testimonio del continente meneguante de la reciprocidad en el marasmo de la modernidad.

Este análisis se inscribe en un problema más general: hasta el año 2001 la consideración de los sectores populares se efectuaba en una clave pesimista que subrayaba fragmentaciones, debilidad política y heteronomías varias, especialmente en la descripción del “clientelismo”³. A partir de ese año, en un contexto de crisis social y política, esa clave mutó: el optimismo parecía haberse instalado en las descripciones que enfatizaban autonomías políticas y sociales a las que se adjudicaba un potencial de renovación social radical⁴. Luego retornaron

3. Auyero (1998, 2001), Levitsky (2003), Merklen (2005) y Martuccelli-Svampa (1997) intentaron dar cuenta de las realidades políticas que relevaban en el mundo popular a las formas tradicionales o previas del Peronismo.

4. El trabajo de Svampa y Pereira (2003) ocupa un lugar central en esta consideración ya que surgió de una investigación pionera, sistemática y de cierta manera anticipada a los tiempos en que se produjo la eclosión de las expresiones que tendrían bastante visibilidad y protagonismo en

las sombras bajo la forma de interrogaciones alrededor del carácter de dichos movimientos (¿clientelares o renovadores?). El optimismo inicial de los analistas viró en un renovado desencanto. En ese contexto un análisis como el que sigue, pretendía, y pretende, trascender ese dualismo en la caracterización de la politicidad popular, a través de la exploración de las potencialidades la consideración etnográfica en la construcción de los problemas y conceptos sociológicos. Intentaremos mostrar que la politicidad se constituye singular e históricamente, más acá de las idealizaciones a las que esa historia da lugar, portando una inquietante ambigüedad frente a las descripciones apoyadas en términos analíticos que expresan en qué grado participan los analistas de las perspectivas dominantes sobre la política.

Mucho clientelismo

Margarita mediaba, con bienes, entre el poder político y sus fieles. Lo hacía a menudo, dando difusión a cualquier iniciativa del gobierno provincial y municipal y promoviendo la actuación de los fieles en diversas instituciones en las que los diversos niveles de gobierno contenían y organizaban a los vecinos del barrio. Por su posición en esa red era tanto dadora como receptora de esos bienes: distribuía hacia abajo entre

el convulsionado proceso político en que cayó el gobierno del Presidente De la Rúa (1999-2001).

los miembros de su iglesia, pero también reclamaba y obtenía favores que estaban destinados a ella y a su familia: trabajo para sus hijos, servicio funerario para el velorio de su madre, etcétera. Su práctica del juego de reparto de bienes implica el desarrollo de performances que son comparables a las descritas por Auyero⁵ en cuanto a al carácter “maternal” que caracteriza la actividad y la presencia pública de las mediadoras de la red peronista que estudió en el Gran Buenos Aires.

Sin embargo, Margarita no llegó a integrarse a una de las organizaciones que, durante el período fue la punta de lanza del gobierno provincial en el desarrollo de políticas sociales de asistencia alimentaria, educacional y sanitaria de las camadas más pobres de la Provincia de Buenos Aires. Las “*manzaneras*”, que eran las encargadas de repartir en pe-

5. Según Auyero las mediadoras “legitiman su rol en política concibiéndolo como el rol de una madre en una casa un tanto más grande que la propia: la municipalidad”. En algún grado las conclusiones de Auyero dicen de Margarita y de su feligresía (que además de ser una pastora pentecostal, fue políticamente activa en el peronismo y alberga en su iglesia a algunas mujeres que cumplen la función de manzaneras). En este mismo sentido obra el hecho de que en el universo de entrevistados por Auyero se encontraban mujeres que eran, al mismo tiempo, creyentes prominentes en su iglesia y manzaneras, véase pp. 15- 39 y 204. Inversamente algunos aparentes impasses de Margarita remiten al problema que plantea el citado autor (el del carácter escolástico que da soporte a la idea de clientelismo) y a partir del cual podremos diseñar el espacio de nuestras proposiciones.

queños recortes territoriales los bienes y acciones habilitados por los programas del gobierno, eran reclutadas dentro de la amplísima área de influencia del peronismo: algunas eran militantes experimentadas y encuadradas y otras, que realizaban su primera experiencia, tenían una relación osmótica con la cultura política del peronismo. Margarita, pese a sus años de militancia, había tomado distancia del peronismo porque cuestionaba a los dirigentes que, según ella, hacían algo que “*no era Peronismo*” por razones que podrán entenderse a partir de lo que sigue.

Cuando estaba por organizarse un acto partidario que se basaría en la capacidad de movilización de las “*manzanas*” del barrio, Margarita se negó a movilizar a sus fieles porque sostenía que, en esa ocasión, había “*mucho clientelismo*”. El sentido que le daba a esa expresión ilumina una complejidad

“Estos tipos quieren llevarnos a los actos por un sandwich y una coca cola. No nos cuidan. Quieren que vayamos pero despues se olvidan de nosotros.”

Margarita denuncia y repudia el clientelismo siguiendo, solo en forma aparente, el molde que caracteriza a ese intercambio como el rebajamiento de derechos políticos que, o bien habrían sido conculcados parcialmente, o bien deberían ser instaurados. Sin embargo no reclamaba por su ciudadanía política birlada, sino por un contrato que estaba siendo injusto:

“El peronismo es otra cosa: antes daban más. Esto es un ofensa. Por eso es que yo no me meto mucho. Claro que hay muchas de mujeres de la iglesia que no saben que antes era diferente y entonces no se hacen problema.”

La ambigüedad de Margarita entre su repudio hacia el clientelismo y su afirmación de los supuestos “*clientelas*” puede interpretarse en el contexto de la crítica de Auyero a la noción de clientelismo. Siguiendo a Bourdieu, plantea que el concepto de clientelismo “*es producto de un punto de vista escolástico, externo alejado (...) Esta preconstruido lejos de donde yace la acción: esta no se encuentra en la descarada –y a veces patética– distribución de alimentos o bebidas (...), sino en el entramado de redes de relaciones y representaciones culturales construidas diariamente entre políticos y “clientes”*”. El entramado que constituye la condición del sentido de cualquier donación es el que hace que lo recibido sea evaluado como más o como menos, como justo o injusto. El descontento de Margarita debido a que “*dan poco*” no puede ser interpretado como el efecto de una contrariedad surgida del simple cálculo económico del intercambio, sino como el efecto de una contrariedad surgida del desconocimiento de una pauta de reciprocidad especificada en el entramado de relaciones y representaciones. Es claro que el “*clientelismo*” que Margarita denuncia no existe como avasallamiento de la dignidad política del votante cuya existencia se naturaliza en

ese supuesto tanto como el hombre en la ideología humanista, sino como relaciones que implican una moralidad específica y comunican a clientes y patrones.

Ni choripanes ni cortes de ruta: vivienda digna

Llegué a Villa Torres con un grupo de científicos sociales contratados por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para realizar un “diagnóstico” sobre el barrio en vistas de la elaboración de “políticas de inclusión social”, en julio de 2007. Se trataba de una villa de La Matanza⁶, prueba piloto de un proyecto municipal de urbanización de villas y asentamientos, constituido a partir de la articulación de programas nacionales, provinciales y municipales. Las políticas públicas focalizadas eran centrales en la configuración del barrio, e incluso dieron origen a mi relación con él.

Vistos como “profesionales del gobierno”, fuimos recibidos por José y

presentados en una ronda a algunos miembros de la organización barrial que presidía. Él, que “no entendía nada de política” cuando empezó en 1999, se había erigido como dirigente barrial a medida que la urbanización se fue construyendo como problema y solución para el barrio. Desde su creación en 2005, se desempeñaba como funcionario en el Programa de Urbanización de Villas y Asentamientos municipal. José fue nuestro primer contacto en el barrio. Las personas que nos presentó cuando llegamos serían nuestros guías a lo largo del recorrido. Cuando le dijimos que nos interesaba la política, contestó:

“Siempre estuvimos con Balestrini (y ahora con Espinoza) porque él fue el que nos apoyó desde el principio, que puso para hacer las primeras casas, que visitó el barrio cuando todavía no era intendente”.⁷

“Por ahora estamos con él porque no nos falló pero si falla, nos vamos. Nosotros estamos por esto. Estamos por nosotros”, agregó Mirta, una de las mujeres presentes.

“Ninguno de nosotros es un ‘soldado’. Cada uno tiene sus ideas y lo dejamos. Pero todos estamos por el barrio. Nunca nos van a ver con el choripán ni cortando ruta. No lo hicimos antes. Nosotros desde un prin-

6. Ubicado al sudoeste de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Matanza es el municipio más extenso del Gran Buenos Aires (325,71 Km² de superficie), y el más populoso. Según el Censo 2001, registra una población de 1.253.921 habitantes (aproximadamente el 9% de la población provincial, y el 3% de la nacional). Según los funcionarios del programa de urbanización de villas y asentamientos municipal, el distrito registra más de cien de estos barrios informales. Entre ellos, Villa Torres es uno de los más antiguos, remontándose sus orígenes a fines de la década de 1950. Ubicado frente a la Ruta Provincial 4, el barrio cuenta con 7.500 habitantes. (Para una definición descriptiva de la villa como forma de hábitat urbano informal, véase Cravino, 2006).

7. Alberto Balestrini había sido el intendente de La Matanza entre 1999 y 2005, cuando nombró a Espinoza como su sucesor. Desde entonces, Balestrini era Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación (existían rumores y desmentidas acerca de su candidatura a la vicepresidencia, a la gobernación bonaerense o a la vicegobernación –cargo por el cual fue electo en octubre de 2007-).

cipio dijimos que queríamos una vivienda digna. Ahí venía lo demás: trabajo, salud... Eso era lo importante”, concluyó José.

El contraste marcado por José en la presentación (y resaltado por nosotros en el subtítulo) vuelve sobre un debate muy actual entre habitantes de Buenos Aires más o menos interesados en política. Se trata de una discusión que involucra los bienes que el Estado distribuye para aquellos que cataloga como “pobres”, y su relación con las prácticas de reclutamiento y movilización de partidos y otras organizaciones. Como Margarita, José también distinguía entre lo que unos y otros daban. A diferencia de ella, no se trataba de comparar con el pasado sino entre diferentes alternativas disponibles actualmente. La referencia de José estaba cifrada a través de dos expresiones diferentes.

Así como Margarita aludía a “un sandwich y una Coca-Cola”, José refería a los “choripanes” como los objetos que los políticos distribuyen en los actos, a cambio de la asistencia. Algunos medios de comunicación exponen estos intercambios como ilegítimos, evidenciando la falta a través de una pregunta: ¿por qué es el acto? La persona interpelada que no responde correctamente a esta interrogación (indicando, como en un panfleto partidario, los propósitos de la convocatoria) es considerada como “llevada”, manipulada por intereses turbios de los “políticos” en cuestión. Según esta visión, la buena política es aque-

lla de la opinión pública informada. El modelo de ciudadanía subyacente opera como ideal, señalando carencias. Frente a esta perspectiva, José y Mirta no negaban asistir a actos sino que sostenían priorizar la urbanización de su barrio. A partir de allí, ellos explicaban el apoyo a Balestrini y, a la vez, subrayaban sus prioridades. Sus palabras planteaban una situación incomprensible para estas miradas completamente negativas.

Los cortes de ruta, en cambio, constituyen una forma de acción colectiva contenciosa que cobró relevancia en los últimos años de la década de 1990 colocando al problema de la desocupación en un lugar cada vez más central de la agenda pública. Si inicialmente se trató de un reclamo por trabajo (en ciudades periféricas del país), pronto los “planes” (subsidios a los desocupados) se consolidaron como respuesta estatal a las demandas de los (denominados mediáticamente y luego autodenominados “piqueteros”). Desde el corte de la Ruta 3 en 2000, La Matanza se constituyó en la cuna de las “organizaciones piqueteras” más consolidadas –cuyos orígenes se remontaban a las tomas colectivas de tierra (“asentamientos”) de los ’80-. Llamativamente, la historia de la urbanización en Villa Torres transcurría paralelamente a estos acontecimientos. Originada en una toma colectiva en 1999, en Villa Torres el eje era la urbanización. Mientras aquellas organizaciones tenían a los “planes”, la “mercadería” y luego los “microemprendimientos” (llamados

irónicamente “microentrenamientos” por algunos “referentes piqueteros” y por José), la urbanización se constituía como una alternativa diferente: vivienda digna.

En un sentido, la urbanización de Villa Torres aparece en continuidad con las políticas focalizadas y descentralizadas que caracterizaron al Estado luego de la denominada reforma neoliberal de la década de 1990. Pero el Estado se reduce a un rol de regulador en políticas habitacionales, como en la década de 1990 (Cravino, Fernández Wagner y Varela, 2002), sino que construye vivienda social. La urbanización es vista como una esperanza, una oportunidad abierta luego de diciembre de 2001.

“El quilombo”

“¿Cómo está, Alberto [Balestrini]? ¿Se acuerda que usted me pidió el prototipo de una casa...? Acá se lo traje’. ‘A ver’. Imaginate en ese momento, Matanza era un quilombo. Lo mira: ‘¡Pero esta casa es inmensa!’ ‘Bueno, deme la mitad, por lo menos la mitad’. ‘Bueno, dale’. Es un tipo fenomenal. Como persona. Es un tipo ejecutivo y capo, un tipo común que resuelve. ‘Dale, hablá con tal. Decile que te dije yo’. Yo ya tenía la marca de Balestrini y de ahí empecé”.

En los relatos de José, 2001 aparece como momento culminante del “quilombo” del cual La Matanza fue uno de los epicentros. Los saqueos son una

marca temporal en su relato: diciembre de 2001. Entre todas estas acciones, José resalta la más significativa para su relato: la marca del quilombo. Esto es, una forma clara en que todos percibimos la caída de Alfonsín en 1989... y de De la Rúa, doce años más tarde.

Se trataba de un contexto más amplio de crisis económica y política, que precipitó la caída del gobierno de De la Rúa en el marco de un amplio ciclo de protestas –cacerolazos en diferentes ciudades del país, marchas de ahorristas y piqueteros que concentraban en el centro porteño, cortes de ruta en el interior y saqueos en el conurbano bonaerense (y en otras grandes ciudades). La consigna general del acontecimiento era un llamado contra la denominada clase política: “Que se vayan todos”. El quilombo propició que se multiplicaran los recursos (a través de políticas estatales focalizadas ante lo que los funcionarios definían como “emergencia”). Fuera de la grabación, José duda: “no sé si será porque eran otros con otras ideas o porque no les quedó otra que darnos bolilla a nosotros, a las villas”.

Auyero (2007) analiza una concepción negativa de la política, mostrando la continuidad entre política ordinaria y violencia colectiva extraordinaria. Pero si recurre centralmente a los discursos sobre los saqueos para dar cuenta de un lenguaje de la política distinguido del resto, el lenguaje de la política no siempre parece aislado (y en ello se juegan diferentes formas de validación).

Como Matilde en la etnografía de Auyero (2001) o Margarita aquí, José actúa como mediador. En sus propios términos, “hace de nexo”. A diferencia de Matilde, él acentúa su propia movilidad a través de una red abierta elaborada a lo largo de un aprendizaje. Ahora no sólo comprende Torres sino que, como funcionario municipal, actúa también en otras villas del municipio. A la vez, dispone de una red versátil en ampliación que lo conecta con políticos, funcionarios, habitantes de varios barrios, hinchas de clubes, profesionales y dirigentes barriales. Entre ellos, circulan ayudas, apoyos, contactos, aprendizajes, construcciones de material y simbólicas. Los vínculos de José no se restringen ni al barrio ni a lo concerniente al programa de urbanización, aunque allí esté su base. Los recursos de los cuales dispone son amplios. A diferencia de Matilde, José escenifica una historia ascendente.

En su discusión con el concepto de clientelismo, Frederic (2004) argumenta que dicho concepto (tal como había sido utilizado para comprender la política de los pobres) tendía a reificar la distinción entre alta y baja política, oscureciendo las formas de exclusión (y los desafíos) implicados en la profesionalización de la misma. Sea como clientelismo o como exclusión de la carrera política, tanto Auyero (2001) como Frederic (2004) muestran distanciamiento creciente entre arriba y abajo. Ambos textos refieren formas de hacer política, despolitizando para

legitimarse. El título del libro de Frederic (2004) es clave para comprender el desafío moral que tal separación abría: *Buenos vecinos, malos políticos*. Esta situación hizo eclosión en diciembre de 2001.

Desde entonces, los análisis académicos han mostrado la “selva organizacional” en los barrios populares de Buenos Aires (Cerrutti y Grimson, 2004) que contrasta con la “desertificación organizativa” señalada por Auyero (2001) hacia mediados de la década previa. Así como la multiplicación de las protestas en torno de 2001 y la masificación de los subsidios para los desocupados en 2002 aparecen como centrales para comprender frases tales como “acá todo es política” (Auyero, 2007; Quirós, 2008; Vommaro, 2006), la urbanización de Torres invita a reflexionar sobre otras alternativas menos estudiadas.

Si en los “tiempos extraordinarios” (Svampa, 2005) la política resultaba omnipresente para quienes vivían en los barrios populares de Buenos Aires, y en los ’90, en cambio, tendía a producirse una separación entre “trabajo político” y “trabajo para el barrio” o “trabajo social”, el relato de José muestra una combinación diferente de elementos que pudo concretarse luego de la implementación de políticas habitacionales entre 2004 y 2005 (Rodríguez et al. 2007). Como señalaba él mismo, “Participar políticamente es bueno en la medida en que sirve a la urbanización”.

Persona, Reciprocidad, y Biografía en la formación del lazo político

Esta interpretación puede densificarse comparando con Margarita: entender que, en la diferencia entre la distancia absoluta y el repudio particular respecto de unas redes determinadas, insiste en una visión política que reclama “un buen señor” –de la misma manera que se puede entender que la perspectiva cosmológica hace a la diferencia entre, por un lado, la denuncia de un milagrero particular (y la afirmación de la posibilidad de los milagros en general) y, por otro lado, la denuncia iluminista del milagro en general-. Esto implica una nueva incursión en el campo de la teoría antropológica. No sólo se trata de que el agente, sus divisiones internas y sus formas de unidad no tienen definición universal y son construcciones (una noción hoy extendida a todas las ciencias sociales) sino que implica, siguiendo a Dumont, DaMatta y Duarte, algo más específico aún: el valor de las jerarquías en el análisis. El individuo (y una serie categorías que corresponden a su desarrollo histórico tales como ciudadanía, igualdad, etc.) constituye un caso particular de las construcciones sociales del agente. Las asimetrías, que desde el punto de vista de los grupos que han sido incorporados a esa construcción, son vistas como inferiorización, deben ser leídas, de una forma que suspenda

los supuestos normativos, como incorporación o participación de una totalidad que da a un sujeto una posición respetable.

Margarita y José practican formas de reciprocidad con lo que podemos considerar como matices singularizantes del carácter jerárquico de su perspectiva, que dan cuenta de historicidades específicas en las que se constituyen diferentes camadas de los sectores populares a lo largo de las últimas décadas en Argentina.

No es ajeno a la historia de militancia política de Margarita que sea una pastora que reivindique un liderazgo imputable a la causa mística que representa su don de curar, pero también, sorprendentemente, a dones que son valores en el marco y en los términos de su experiencia militante, como la capacidad de congregar multitudes y, sobre todo, la que era elegida por la gente (Semán, 2001). Esa misma trayectoria política hace comprensible que su templo funcione como una especie de “sindicato en el barrio”, como una sociedad de socorros mutuos entre trabajadores que ya no tienen ni sindicato ni trabajo. Margarita, entonces, no es una reciprocante genérica, sino un operador social pleno de características que la singularizan en relación a otros que podría participar de la misma visión relacional, holista y jerárquica. Varias de las acciones que describimos revelan esas particularidades, actualizan los accidentes de una biografía compleja, pero a su modo típica, y

ayudan a entender una noción de persona que no se distribuye limpiamente entre el par de polos opuestos holismo-individualismo/ igualdadismo- jerarquía.

La idea de Margarita sobre el “justo contrato” (referencia que permitiría captarla en términos propuestos por Duarte) tiene mas determinaciones y mas relieves que el simple reclamo cuantitativo de “algo más” que “*un sandwich y una Coca-cola*” referidos por ella más arriba. No reclama más en la simple exigencia de reciprocidad, sino que efectúa un pedido modulado por la historia.

Caminando con ella por el barrio pude percibir el grado en que era sensible, en sus términos, a las abruptas y dolorosas transformaciones que dejó la década de 1990 en el Gran Buenos Aires. Nos aproximábamos a un consultorio médico privado situado en el centro comercial del barrio y, mientras mi mente se perdía en la precariedad y carácter poco serio del comercio que tenía ante mis ojos, dijo:

“esto es una cueva de perros. Yo vendría acá solo si no tuviera mas remedio. Pero antes era diferente. Lo que pasa es que los hospitales públicos son una payasada y nosotros ya no tenemos obra social, porque no tenemos trabajo. Los chicos (por sus hijos y por los hijos de las mujeres de su iglesias) no se dan cuenta porque no saben como era antes.”

Margarita, entonces, desconfiaba de ese consultorio médico, como cualquiera de nosotros hubiera hecho. Al mismo

tiempo, hacía evidente que un pasado de viejas conquistas sociales dejaba de nutrir las expectativas de lo posible para servir de medida del sentido de lo perdido, de lo antiguamente justo, de la restricción del horizonte actual. José, en cambio, no elaboraba una historia centrada en el pasado lejano sino en su propia trayectoria como dirigente barrial, destacando el “quilombo” como “oportunidad”. Si Margarita actualiza su experiencia militante en el templo, José, en cambio, resalta su condición de neófito para validarse como dirigente barrial. A partir de reconocer contratos más o menos justos (en los términos de Duarte), ambos viven experiencias diferenciales de agencia política en las cuales su propia historia es constitutiva.

Ni Margarita ni José son recíprocos genéricos, como podría esperarse de lo desarrollado a partir de la noción de jerarquía. La problematización del agente y la introducción del concepto de persona como filtro analítico no significa reconducir las observaciones a los polos del holismo y el individualismo, que aparecen antepuestos y como si fueran los extremos de una línea evolutiva, sino investigar el plano de “articulación contingente de reglas, discursos y objetos del que las ideologías son derivadas (y no condiciones previas) y se tornan eficaces” (Goldman 2001: 178). Junto con la recuperación de la noción de persona que nos ayuda a captar la positividad de las experiencias políticas que se desarrollan por fuera de marcos norma-

tivos que igualan el agente y el ciudadano, es necesario hacer de la historia un plano inmanente al agente. La historia no es contexto, conjunto de fuerzas que modelan, sino, más radicalmente, plano de constitución de formas del agente, de nociones de persona singulares que dan lugar a politicidades singulares.

Conclusión

Este artículo ha intentado contribuir a elaborar un aporte que la antropología puede realizar a los análisis políticos. Una vez fracasado el supuesto de que las transiciones democráticas eran una especie de escalera mecánica hacia la ciudadanía, las ciencias sociales han tendido a centrarse sobre una categoría de clientelismo que opacaba las especificidades históricas de las agencias de sectores populares, constituyéndolas desde un punto de vista negativo. En el mismo terreno, el tratamiento propuesto ensaya una alternativa: antes de preguntarnos sobre su distancia y su diferencia respecto del agente democrático ideal, preferimos preguntarnos por su positividad y por la forma en que ésta existe a pesar de las presunciones de hegemonía del universo simbólico de la democracia. Las categorías de la teoría antropológica clásica, que buscan desnaturalizar los supuestos de la ideología contemporánea y sus incrustaciones en la ciencia social, nos ayudan a una toma de distancia inicial que resulta ventajosa

pero insuficiente. La etnografía nos revela la necesidad de reconocer el nivel analítico de la persona para romper el alineamiento entre el análisis y la ideología individualista que presupone, sin fundamento, la universalidad de sus derivados: el ciudadano, el sujeto de la libertad y la igualdad. Pero también, la misma etnografía, nos revela la necesidad de superar el dualismo que organiza la dicotomía igualdad-jerarquía. Es que la práctica etnográfica -que implica la unidad tensa de los momentos etnógrafo/objeto/teoría, y que en un momento interroga, a través de la presencia del otro, los supuestos individualistas del cuentista-, también desnaturaliza la dicotomía en que esos supuestos son relativizados.

Esto es lo que ocurre cuando, a pesar de todas las apelaciones a la etnografía que se hacen en las ciencias sociales, que últimamente son muchas, se refiere al clientelismo como una realidad independiente de los contextos culturales, circunscripta los fenómenos electorales y, fundamentalmente, como la simple negación de los ideales de ciudadanía. Guillermo O'Donnell (2000), uno de los científicos políticos que contribuyó decisivamente para encuadrar el análisis político referido a los países latinoamericanos como una "transición a la democracia", ha planteado los supuestos eurocéntricos de los modelos de democracia que presidían esos análisis, la desatención al hecho de que las especificidades de la historia social

y política latinoamericana modelan al agente de formas que difieren del trajecto ciudadanizante clásico. Es toda una ironía que, mientras sociólogos y politólogos comienzan a dudar de la universalidad del agente supuesto por las teorías sobre la democracia, la reivindicación de la etnografía volcada a la descripción del “clientelismo” asuma

la supuesta validez trans-contextual (universal) del contrario del sujeto democrático (el cliente). Frente a ello, y sin renunciar a la actividad reflexiva y la ambición conceptualizadora a la que apunta la investigación, es más conveniente contar con todos los efectos que le imponen a nuestras teorías emergentes, las teorías nativas.

Bibliografía

Auyero, Javier (2001) *La Política de los Pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Manantial, Buenos Aires.

Auyero, Javier (2007): *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Ballent, Anahí (2006): *Las Huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*, Buenos Aires, Colección: Memoria de las ciudades, Coeditado UNQ-Prometeo.

Birman, Patricia. 1995. *Fazer estilo criando gêneros: estudo sobre a construção religiosa da possessão e da diferença de gêneros em terreiros de Umbanda e Candomblé do Rio de Janeiro*. EdUERJ: Rio de Janeiro.

Borges, Antonádia (2004): *Tempo de Brasília. Etnografando lugares-eventos da política*, Río de Janeiro, Relume Dumará.

Cerrutti, Marcela y Grimson, Alejandro (2004): “Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares”, en *Cuadernos del IDES* N° 5, Buenos Aires. Disponible en: http://www.ides.org.ar/shared/doc/pdf/cuadernos/Cuaderno5_Cerrutti_Grimson.pdf (extraído en abril de 2006).

Colabella, María Laura (2009): “Fazer política ou lutar pelo social’. Uma etnografia sobre formas de redistribuição na Grande Buenos Aires”, Tesis de Doctorado PP-GAS/Museu Nacional - UFRJ, Río de Janeiro.

Corten, André. «La Banalisation du Miracle: Analyse du Discours de l’Argumentation», *Horizontes Antropológicos* 8, Porto Alegre, 1998.

Cravino, María Cristina (2006), *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*, Los

Polvorines, UNGS.

Cravino, María Cristina; Fernández Wagner, Raúl y Varela, Omar (2002): “Notas sobre la política habitacional en el AMBA en los ‘90” en L. Andrenacci (org), *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, UNGS/Ediciones al margen.

Duarte, Luiz Fernando Dias. 1986. *Da vida nervosa nas classes trabalhadoras urbanas*. Rio De Janeiro: Jorge Zahar Editor.

Dumont, L. (1992): *Homo Hierarchicus*. Editora da Universidade de Sao Paulo.

Farinetti, Marina (2000): “Violencia y risa contra la política en el Santiagueño: Indagación sobre el significado de una rebelión popular”, *Apuntes de Investigación del CECYP* N° 6, Buenos Aires.

Fernandes, Rubem César. 1994. “O Peso da Cruz. Manhas, Mazelas e Triunfos de um sacerdote particular”, In: _____. *Romarias da Paixão*. Rio de Janeiro: Rocco. pp. 127-165.

Ferraudi Curto, M. Cecilia (2010): “Etnografía de la política en el proceso de urbanización de una villa del Gran Buenos Aires”, Tesis de Doctorado IDES/UNGS, Buenos Aires.

Frederic, Sabina (2004): *Buenos vecinos, malos políticos: moralidad y política en el Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

Fundación del Sur, Buenos Aires, 2000.

Goldman, Marcio, (1999), *Alguma Antropología*, Relume Dumará, Río de Janeiro.

Levitsky, Steven (2003) *Transforming labor-based parties in Latin America. Argentine Peronism in Comparative Perspective*. Cambridge University Press, Nueva York.

Manzano, Virginia (2009): “Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza”, en Grimson, A.; Ferraudi Curto, M.C.; Segura, R.: *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

Martuccelli, Danilo y Svampa, Maristella (1997) *La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*. Losada, Buenos Aires.

Merklen, Denis (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Editorial Gorla, Buenos Aires.

Merklen, Denis (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argen-*

tina, 1983-2003), Buenos Aires, Editorial Gorla.

O'Donnell, Guillermo, (2000) "Teoría democrática y política comparada", *Desarrollo Económico – Revista de Ciencias Sociales*, Volumen 39, N° 156, IDES, Buenos Aires, enero-marzo, pp. 519-570

Quirós, Julieta (2006) *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia, Buenos Aires.

Sanchis, Pierre. (1997), "O campo religioso contemporâneo no Brasil" In: A. Oro & C. Steil (Orgs): *Globalização e Religião*. Petrópolis: Vozes.

Semán, Pablo (2001), "Cosmológica, Holista y Relacional: una corriente de la religiosidad popular contemporánea". *Ciencias Sociais e Religiao Ciencias Sociales y Religión*, Porto Alegre, v.3, p.45-74.

Semán, Pablo (2006): *Bajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Editorial Gorla, Buenos Aires.

Svampa, Maristella y Pereyra, Sebastián (2003): *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Biblos, Buenos Aires.